

DACIO GUTIÉRREZ MUÑIZ. Evocación. Porfirio Rojo Díez

Nació en Huelde, ayuntamiento de Crémenes, ribera alta del Esla, montaña leonesa. Ingresó en el Seminario Diocesano de León el año mil novecientos cuarenta y tres. Eran aquellos duros años de posguerra en los que, ¿por qué?, florecieron las vocaciones religiosas, especialmente en la zona de la montaña. Tanto, que era frecuente el hecho de familias con dos y tres miembros religiosos en su seno. En concreto, en casa de Dacio eran cuatro hermanos religiosos, dos mujeres y dos hombres..

Para Dacio, como para todos, trascurrieron los doce años de Seminario en un régimen de autoridad, derivado de la disciplina severa, la falta de calefacción con temperaturas diez grados bajo cero, lejanía de la familia...

Pasados los doce cursos de carrera, se ordenó sacerdote en León en mil novecientos cincuenta y siete. Había llegado la hora, ilusionada, de salir a la vida pastoral. A él le correspondió ejercerla en parroquias rurales de la montaña y valle que le resultaban tan conocidos y próximos. Primero Poladura de la Tercia. Luego, diecinueve años, Pallide, al lado mismo del pantano del Porma. Allí ejerció su ministerio a plena satisfacción de sus feligreses, constituyéndose en piedra angular en la vida religiosa y social de un pueblo carente de todo tipo de servicios.

Fue de los primeros sacerdotes en León que dieron el paso de la secularización, por los años setenta. Detrás irían muchos más, ante el desdén de la organización diocesana. Con el apoyo de su esposa, Julia del Ferrero, se estableció en Gijón, por entonces una ciudad acogedora de miles de trabajadores leoneses y no pocos sacerdotes secularizados que se integraron en parroquias progres y comunidades cristianas de base. Desde la aparición de COSARESE, ha sido uno de sus miembros más leales y constantes.

Ya llevaba varios años con problemas de salud que se agravaron en dos mil nueve, cuando falleció en dieciséis de julio. Consigo se llevó, como tantos otros, la pena por el desamparo de una institución “evangélica” que cerró los ojos a quienes la habían ofrecido una dedicación constante e ilusionada. Como contrapeso, aparte el cariño y el apoyo de su esposa e hijo, disfrutó del aprecio que le han testimoniado sus feligreses de Pallide, antes y después de la secularización.

Hombre de la montaña y sacerdote, allá iba cada año por vacaciones. Allá volvió, definitivamente, al final. Era lo que querían él, sus familiares y sus parroquianos de Pallide. Allí está. Era su sitio.

